

RESISTENCIA REBELIÓN Y CONCIENCIA CAMPESENA EN LOS ANDES

siglos XVIII al XX

STEVEJ. STERN

compilador

Stern / Mörner / Trelles / Campbell / Salomón

Szeminski / Flores Galindo / Bonilla

Mallon / Platt / Dandler / Torrico / Albó

IEP Instituto de Estudios Peruanos

Serie: Historia Andina 17

Este libro contó con el respaldo del Social Science Research Council

© **Resistance, Rebellion and Conciuousness
in the Andean Peasant World,
18th to 20th Centuries**

Madison: The University of Wisconsin
Press, 1987

© De la versión en castellano
IEP ediciones
Horacio Urteaga 694, Lima 11
Telf. 32-3070 / 24-4856

Traducción:
Capítulo 1,
Capítulo 2,
Capítulo 9 e
Introducciones
Carlos Iván Degregori

Capítulo 4,
Capítulo 5,
Capítulo 6 y
Capítulo 10
Sandra Patow de Derteano

Impreso en el Perú
Agosto de 1990
2,000 ejemplares

CONTENIDO

	Mapas	11
	Prefacio	13
Introducción		
1.	Nuevas aproximaciones al estudio de la conciencia y las rebelioines campesinas: las implicancias de la experiencia andina <i>Steve J. Stern</i>	25
Parte I.	De la resistencia a la insurrección: crisis del orden colonial	
	Introducción	45
2.	La era de la insurrección andina, 1742-1782: una reinterpretación <i>Steve J. Stern</i>	50
3.	Un intento de calibrar las actitudes hacia la Rebelión en el Cusco durante la acción de Túpac Amaru <i>Magnus Mörner y Efraín Trelles</i>	97
4.	Ideología y faccionalismo durante la gran rebelión, 1780-1782 <i>León G. Campbell</i>	118
Parte II.	Conciencia e identidad durante la era de la insurrección andina	
	Introducción	143
5.	Culto a los ancestros y resistencia frente al Estado en Arequipa entre los años 1748 y 1754 <i>Frank Salomón</i>	148
6.	¿Por qué matar a los españoles? Nuevas perspectivas sobre la ideología andina de la insurrección en el siglo XVIII <i>Jan Szeminski</i>	164
7.	Buscando un Inca <i>Alberto Flores Galindo</i>	187
Parte III.	Rebeliones y la formación del Estado-Nación: perspectivas del siglo XIX	
	Introducción	203
8.	El campesinado indígena y el Perú en el contexto de la Guerra con Chile <i>Heraclio Bonilla</i>	209
9.	Coaliciones nacionalistas y antiestatales en la Guerra del Pacífico: Junín y Cajamarca, 1879-1902 <i>Florencia E. Mallon</i>	219

10.	La experiencia andina de liberalismo boliviano entre 1825 y 1900: raíces de la Rebelión de Chayanta (Potosí) durante el siglo XIX	
	<i>Tristan Platt</i>	261
Parte IV.	Dilemas políticos y conciencia en la revuelta andina moderna: estudios de casos bolivianos	
	Introducción	307
11.	El Congreso Nacional Indígena de 1945 en Bolivia y la rebelión de Ayopaya (1947) <i>Jorge Dandler y Juan Tornico A.</i>	314
12.	De MNRistas a Kataristas a Katari <i>Xavier Albo</i>	357
	Bibliografía	391

Nuevas aproximaciones al estudio de la conciencia y las rebeliones campesinas: las implicaciones de la experiencia andina

STEVEJ. STERN

University of Wisconsin - Madison

LUEGO DE LA SEGUNDA GUERRA **MUNDIAL** el Tercer Mundo entró en erupción política y los efectos combinados de revolución, descolonización y Guerra Fría, provocaron un torrente de estudios sobre agitación agraria y movilización política¹. La nueva preocupación -en cierta medida un "redescubrimiento"- resultó especialmente evidente entre científicos sociales de los Estados Unidos². Después de todo, fueron los EEUU los que asumieron el liderazgo del mundo occidental en la Guerra Fría, financiaron un sistema universitario enorme y expansivo, y se angustiaron a raíz de fracasos políticos en China, Cuba y Vietnam.

Ya en la década de 1960, mientras los intelectuales enfrentaban al reto de comprender las turbulencias del mundo no-europeo y luchaban con sus propias conciencias políticas, la cuestión agraria llegó a ocupar un lugar cada vez más destacado en nuestra comprensión de la historia moderna mundial. Normalmente irrelevantes o secundarias dentro de la vida política contemporánea de sociedades industrializadas como EEUU, Inglaterra y (en menor medida) Fran-

1. Esta afirmación resulta casi obvia para cualquiera que ha estudiado la literatura sobre campesinos, revolución agraria o movilización política. Véase, por ejemplo, las fechas de la bibliografía sobre campesinos y sobre revolución, revisadas por Clark y Donnelly (1983) y por Skocpol (1979:3-33), o los trabajos citados en las notas 3-5. Un análisis de contenido de los artículos publicados en las principales revistas académicas y de las áreas temáticas de las nuevas revistas (tales como el *Journal of Peasant Studies* o *Peasant Studies*), apoyaría casi con seguridad la misma afirmación.

2. El término "redescubrimiento" lo tomo de Shanin (1971a:11). Tal como señala Shanin, sería equivocado pensar que hacia fines de la década de 1950 y durante la década de 1960 presenciamos el surgimiento del *primer* interés académico o político significativo sobre los campesinos y los temas agrarios. El debate en Alemania y Rusia hacia fines del SXIX y principios del SXX, por ejemplo, produjo los trabajos clásicos de Chayanov (1986; original 1923), Kautsky (1974; original 1899) y Lenin (1964; original 1899). Más aún, el peso de los temas agrarios en la historia y las polémicas políticas de países específicos tales como Francia, Inglaterra o México, produjo importantes bibliografías históricas sobre asuntos agrarios mucho antes de la década de 1960, aún cuando estas bibliografías tendieron a no generalizar o teorizar más allá de la experiencia del país específico. Y, por supuesto, la gran innovación política de Mao Zedong fue colocar a los campesinos y al conflicto agrario en el corazón mismo de la teoría y la práctica de la revolución china.

Sin embargo, fue hacia fines de los años 50 y durante los 60 que, en el mundo académico occidental, especialmente en los EEUU, se observó un resurgimiento del interés en los campesinos y la movilización política, y un énfasis en perspectivas teóricas y comparativas que facilitaba la generalización amplia. No es accidental que fuera precisamente durante las décadas de 1960 y 1970 que los "viejos" clásicos fueran redescubiertos y republicados en ediciones occidentales.

cia, las clases agrarias "tradicionales" -terratenientes y campesinos- volvieron súbitamente a desempeñar papeles fundamentales en los discursos sobre la historia contemporánea. Los estudiosos de la modernización y la movilización política, por ejemplo, vieron en el Tercer Mundo los estertores finales de clases sociales y valores arcaicos, conforme sociedades antes tradicionales despertaban dolorosamente a las expectativas y valores urbanos contemporáneos. El sector agrario alimentaba las relaciones sociales, tradiciones y valores históricos que impedían a las sociedades no-occidentales una modernización más rápida de sus economías e instituciones políticas, y que hacían más difícil y políticamente explosiva la transición a la vida moderna³. Aquellos que adoptaban una postura más crítica frente al occidente industrializado, descubrían que la cuestión agraria resultaba central para la comprensión tanto del mundo occidental como del no-occidental. Barrington Moore (1966) demostró que las culturas políticas contemporáneas, fueran democráticas o autoritarias, reposan sobre cimientos históricos de violencia y transformación agraria. Fue en un mundo previo de señores, campesinos y estratos de burguesía naciente, y en los senderos políticos que sus sociedades tomaron para reordenar el sector agrario, que Moore encontró las claves de los rasgos "democráticos" o "autoritarios" de la vida política en Inglaterra, Francia, Alemania, Estados Unidos, China y Japón contemporáneos. Eric R. Wolf (1969) se concentró más específicamente en el "Tercer Mundo" y sostuvo que las grandes revoluciones del SXX fueron fundamentalmente "guerras campesinas". En diversas partes del mundo, el campesinado -conjunto de productores agrícolas orientados a la subsistencia y sujetos a la autoridad y a las exacciones económicas de un Estado, o de una clase de señores terratenientes, o de ambos- enfrentó el avance destructivo de las relaciones y valores capitalistas/El avance del capitalismo socavó el acceso campesino a tierras, recursos y mecanismos sociopolíticos que normalmente necesitaban para mantener su modo de vida. En México, Rusia, China, Vietnam, Argelia y Cuba, el campesinado se levantó en grandes movilizaciones defensivas que convirtieron la revolución en algo tanto necesario como posible. (Para ser justos con Wolf, su magnífico análisis de estudios de casos específicos iluminó los límites y variaciones que matizaban la interpretación general. Véase por ejemplo su tratamiento de las idiosincrasias del caso cubano). Lo irónico fue que, al demoler el viejo orden, los campesinos facilitaron el ascenso al poder de grupos revolucionarios, partidos políticos y Estados cuyo interés en la transformación social podría, a final de cuentas, acelerar la propia destrucción o sojuzgamiento del campesinado⁴.

3. Para ejemplos de alguna forma variados de la bibliografía sobre modernización y movilización política, véase Black 1960, 1976; Deutsch 1961; Eisenstadt 1966; Huntington 1968; C. Johnson 1964, 1966; J. Johnson 1958; Lambert 1967; Landsberger 1969; Lipset 1967; Rogers 1969; Shanin 1971b. Trabajos influyentes de Parsons (1951) y Smelser (1963), tuvieron un importante impacto en mucha de la literatura que acabamos de citar. Para una aguda Revisión crítica de las teorías de la revolución -literatura que parcialmente se traslapa con la de modernización y movilización política- véase Aya 1979.

4. Para trabajos influyentes, críticos del occidente industrializado, y que contienen significativas semejanzas con las perspectivas de Moore (1966) y Wolf (1969), véase I. I. Lobsbawm 1959; Polanyi 1957; Scott 1976; Skocpol 1979; Stavenhagen 1975; Thompson 1971; Wallerstein 1974; Worsley 1968.

En la década de 1970, el estudio del campesinado y los conflictos agrarios se había convertido en un campo vital y bien establecido de la investigación académica. El campo se encuentra ahora lo suficientemente maduro y autónomo como para producir en el futuro trabajos teórica y empíricamente interesantes. Temas como el impacto de la "modernización" en el campesinado, la transición al capitalismo en el campo, las causas estructurales de las rebeliones agrarias y su papel en la destrucción de regímenes y en la revolución, o la diferenciación interna del campesinado en estratos de diverso bienestar económico e inclinaciones políticas, indican ahora un conjunto de estudios especializados⁵. Dentro de los estudios campesinos, el tema de las rebeliones agrarias continúa llamando la atención de talentosos intelectuales, y los intentos más interesantes de generalizar acerca de los "campesinos" se centran con frecuencia, implícita o explícitamente, en los conflictos y rebeliones agrarias. A la primera lista de estudios clásicos producidos por Hobsbawm (1959), Moore (1966), y Wolf (1969), podemos añadir ahora hitos más recientes de Scott (1976), Paige (1975), Tilly (1978), Popkin (1979) y Skocpol (1979). Y estos son simplemente trabajos que aspiran a un alto nivel de generalización. Cualquier especialista en estudios de áreas culturales específicas podría nombrar fácilmente una lista de esfuerzos pioneros realizados en su área.

El estudio del campesinado y los conflictos agrarios es un campo demasiado complejo, diverso y políticamente cargado como para ser rebajado a una simplista uniformidad. Sin embargo, a pesar de notables disidencias (que se discutirán más adelante), se pueden identificar varios supuestos y afirmaciones ampliamente difundidos que moldean nuestra imagen general de los campesinos y los "rebeldes agrarios". En primer lugar, la mayoría de investigadores están ahora de acuerdo en que la incorporación de territorios predominantemente campesinos dentro de la moderna economía capitalista mundial tuvo un impacto destructivo en la vida campesina, al menos en el mediano plazo. Aún aquellos que ven la "modernización" como benéfica en última instancia, se mostrarían ahora inclinados a aceptar que ella cobra primero un precio muy alto (véase por ejemplo Clark y Donnelly 1983:11). Los valores y las relaciones sociales tradicionales resultan cuestionados y atacados; instituciones locales que antaño proporcionaban cierta medida de seguridad económica y redistribución de ingresos se vuelven cada vez más precarias; estrategias políticas largo tiempo eficaces para enfrentar a los señores o al Estado, se revelan crecientemente obsoletas. El resultado neto quiebra la viabilidad de un modo de vida anterior, y provoca agitación y movilización política. En segundo lugar, los especialistas tienden a estar de acuerdo en que la penetración del capitalismo acentúa la

5. La caracterización de la bibliografía en este y en los siguientes cuatro párrafos, se basa en la literatura citada en las notas 1 a 4, en mi propia familiaridad con la extensa literatura sobre América Latina, y en los siguientes trabajos importantes que no ponen el énfasis en América Latina: Adas 1979; Alroy 1966; Blum 1961, 1978; Chesneaux 1973; Cohn 1970; Cooper 1980; Dunn 1972; C. Johnson 1962; Migdal 1974; Paige 1975; Shanin 1966, 1972; Stinchcombe 1961; Tilly 1978; Wolf 1966. A aquellos lectores que deseen mayor orientación sobre la literatura acerca del campesinado latinoamericano, se les aconseja que consulten revistas como *Latin American Research Review* y *Latin American Perspectives*, o que revisen los siguientes trabajos recientes: Bauer 1979; de Janvry 1982; Duncan y Kutledge 1978; Mallon 1983; y Roscberry 1983. Véase también Landsberger 1969; Stanvehagen 1970.

diferenciación interna de la sociedad campesina en estratos ricos y pobres. Más precisamente, el capitalismo rompe los diques institucionales que presionaban a los campesinos y aldeanos ricos a canalizar sus recursos por caminos "redistributivos" u otorgadores de prestigio que bloqueaban la libre conversión de la riqueza en capital de inversión. En los casos más extremos, tal proceso polariza la sociedad campesina convirtiendo a los campesinos en burgueses agrarios y pobres proletarizados, y sometiendo a los restantes "campesinos medios" a un futuro inseguro y problemático. El análisis político de los movimientos agrarios requiere que se de atención explícita a la diferenciación interna del campesinado. En tercer lugar, se considera que la resolución política de los conflictos y crisis agrarias ha tenido un impacto fuerte, a veces decisivo, en la moderna historia política de los países con una importante tradición campesina. En la historia de esos países, la "cuestión agraria" tiene un papel significativo en la quiebra estructural de Estados de tipo colonial y *ancien régime*. En general, los ensayos que componen este volumen no cuestionan fundamentalmente las tres afirmaciones hasta aquí mencionadas, aunque complejizan el panorama al ofrecer evidencias de una mayor capacidad campesina para resistir, mitigar o sobrevivir a los efectos destructivos del capitalismo, que la que podía desprenderse de la literatura sobre campesinado.

En cuarto lugar, y lo que resulta más cuestionable a partir de los ensayos de este libro, son los supuestos sobre el campesinado como actor político. Los campesinos son descritos frecuentemente como "reactores" defensivos y estrechos de miras, ante fuerzas externas. Según esta visión, su conducta política tendería a reflejar su posición "estructural" objetiva en la sociedad. Los rebeldes agrarios "reaccionan" ante cambios introducidos por fuerzas externas al propio sector campesino por ejemplo: ciclos de precios en el mercado mundial, expansión de plantaciones capitalistas, decisiones políticas de terratenientes o del Estado, etc. Su base económica y sus relaciones sociales fragmentan al campesinado en "pequeños universos" separados y altamente localizados: el estrecho mundo de una comunidad o una hacienda, y frecuentemente los enfrenta entre ellos como clientes en competencia por el patronazgo de los señores o el Estado. Limitados en sus horizontes políticos, estructuralmente divididos entre ellos, incapaces de entender la política nacional y menos de forjar estrategias políticas efectivas más allá de lo local inmediato, cuando buscan los medios para transformar la sociedad en su conjunto los campesinos sucumben a la seducción de una redención milenarista. Cuando los campesinos desarrollan o se benefician de iniciativas políticas eficaces a nivel nacional, tales logros no reflejan la capacidad histórica de los campesinos para analizar y responder a la política nacional, pero sí a cambios recientes: la modernización política del campesinado; el liderazgo e influencia de grupos urbanos, de migrantes rurales a las ciudades y de intelectuales aliados con los campesinos; la habilidad de los revolucionarios para convertir la movilización rural contra invasores extranjeros en un movimiento político nacional.

En síntesis, se supone que cuando los campesinos se rebelan, se ven impulsados a hacerlo en reacción a cambios determinados por fuerzas o "sistemas" externos todopoderosos. Sus modos de conciencia, incluso cuando están en rebelión, son considerados generalmente bastante limitados y predecibles y

lógicamente derivados de su posición "estructural" en la sociedad. Estos supuestos sobre los campesinos como actores políticos no son simples entelequias intelectuales. Existen suficientes evidencias para demostrar que el fenómeno del "reactor localista" no es sólo real sino que también representa por lo menos una tendencia poderosa en la vida política campesina. A la luz de los ensayos incluidos en el presente volumen y de la discusión que desarrollamos más adelante en esta introducción, el problema es que una tendencia parcial y en muchos casos neutralizada (compensada) por otras, ha sido tomada como la tendencia que representaría *el* carácter esencial de la conducta y la conciencia política campesina.

Los cuatro conjuntos de supuestos y afirmaciones que hemos mencionado no constituyen exactamente una teoría unificada del conflicto agrario y la rebelión campesina, ni concitan consenso general entre los especialistas. La literatura incluye autores que discrepan explícitamente de estos puntos de vista. Popkin (1979), por ejemplo, desafía globalmente las afirmaciones que enfatizan el impacto destructivo del capitalismo entre el campesinado y su supuesta movilización para defenderla tambaleante "economía moral" asociada a un modo de vida precapitalista. Del mismo modo, la descripción que hace Macfarlane (1978) de las poblaciones rurales en el medioevo y los inicios de la era moderna en Inglaterra, enfatiza su individualismo y su carácter empresarial calculador, aunque su preocupación, típicamente británica, no es tanto desafiar nuestras nociones teóricas sobre los "campesinos", sino establecer las "peculiaridades" que separan a Inglaterra de las regiones verdaderamente campesinas del mundo. El peso de las tendencias demográficas y de los ciclos vitales al analizar las causas y límites de la diferenciación interna es un tema que suscita cierta disputa, enraizada en las diferentes perspectivas de Chayanov (1986) y Lenin (1964) (cf. Shanin 1972). Investigaciones más recientes y en curso sobre las "formas cotidianas de resistencia campesina" (Scott 1985, JPS 1986; cf. Cooper 1980, Isaacman et al. 1980, Isaacman, 1985), nos llevarán sin duda a reconsiderar nuestras concepciones sobre el campesinado como actor político. Estas nuevas investigaciones resultan, además, por lo menos parcialmente compatibles con los enfoques sobre resistencia y conciencia campesinas asumidos en este libro. Sin embargo, los disidentes navegan contra una formidable corriente, y los nuevos campos de investigación recién comienzan a redefinir supuestos e interpretaciones profundamente enraizados. Las imágenes delineadas en páginas anteriores -el impacto destructivo del capitalismo, el impulso que éste da a la diferenciación interna del campesinado en ricos y pobres, el gran impacto de la cuestión agraria en la política nacional, y el carácter estrecho de miras y defensivo de los campesinos como actores políticos- continúan constituyendo un núcleo común de "sabiduría imperante", que impregna tanto la teoría general como los estudios de caso particulares.

La experiencia de las poblaciones andinas nativas en la sierra de Perú y Bolivia resulta altamente relevante para la literatura sobre campesinado y rebeliones agrarias. Históricamente, amplias mayorías de la población serrana de Perú y Bolivia, han ganado su sustento como agricultores campesinos. Por siglos, las poblaciones andinas han sido afectadas intensamente por las economías noratlánticas ubicadas a la vanguardia de la transición y el desarrollo

capitalista mundial. La división étnica entre "indios" andinos y "nacionales" criollos, ha hecho que la idea de un supuesto localismo e ignorancia campesinos sea difundida e intensa. Más aún, rebeliones andinas de alcance y ambición variables han estallado con frecuencia desde el S.XV1II, primero en relación al derrumbe del orden colonial español hacia fines del siglo XVIII y principios del XIX, luego en relación a los intentos criollos de construcción nacional hacia fines del S.XIX y durante el S.XX. Estas rebeliones andinas proporcionan un denso conjunto de materiales históricos que permiten reconsiderar los paradigmas y métodos que usamos para comprender de manera más general la agitación agraria y campesina.

Sin embargo, a pesar de la pertinencia de la experiencia andina, ésta no ha jugado un papel importante en el desarrollo o la evaluación de la teoría general sobre el campesinado y las rebeliones campesinas. Aunque en décadas recientes la investigación en historia y antropología andinas se ha mostrado bullente de innovación y entusiasmo intelectual, el sentido de *las implicancias* derivadas de tales investigaciones ha estado en gran parte restringida a la propia área cultural andina. (Para importantes excepciones véase Orlove y Custred 1980). Por lo menos tres factores explican esta suerte de actitud insular. Primero, dentro del campo de las investigaciones andinas, los especialistas han pugnado por liberar la experiencia andina de la sombra de otras áreas culturales y discursos políticos. En un período anterior, e incluso hoy, algunos autores han visto a los antiguos incas y a sus descendientes contemporáneos como ejemplos de las virtudes o defectos del socialismo, el estado benefactor o el totalitarismo, o como meras variaciones de un tema tan general como el de las "civilizaciones hidráulicas". Para descubrir el carácter real de las civilizaciones andinas y sus logros, ha sido necesario reaccionar contra antiguas manipulaciones y superficialidades enfatizando los aspectos singulares de la experiencia andina, que no fueran fácilmente subsumibles dentro de categorías generales. Las interpretaciones pioneras e importantes de John V. Murra sobre la "verticalidad" andina y las relaciones políticas entre incas y campesinos, pueden ser entendidas en estos términos⁶. En segundo lugar, fuera del campo de estudios andinos, los acontecimientos políticos en Perú y Bolivia no han generado el tipo de obsesiones políticas prolongadas, que provocaron los conflictos políticos en China, Cuba, Vietnam y Chile. Tanto la revolución boliviana de 1952 como la revolución peruana de 1968 provocaron interés intelectual y estudios valiosos, pero ambas desafiaban las categorías comunes de la Guerra Fría, además de suceder en momentos en los cuales otras revoluciones y trastornos sociales pesaban más en el debate político (China y Corea a principios de la década de 1950, Vietnam y Chile a fines de la década de 1960 y principios de la de 1970), y ambas también desembocaron en oscuros y ambiguos desenlaces que disminuyeron el interés político. Finalmente, el tema étnico resulta inevitable en la experiencia agraria andina e introduce complejidades delicadas y difíciles en la discusión general sobre el "campesinado". La incertidumbre sobre el papel que los temas indígenas, étnicos y raciales deben tener en los debates teóricos

6. Véase Murra 1975: esp. 23-115, 193-223; cf. Murra 1956. Para una consideración extensiva y reciente de las ideas de Murra y la propia retrospectiva de Murra, véase Masuda y otros 1985.

sobre el "campesinado" -categoría usualmente definida y teorizada en términos que excluyen la dimensión étnica- probablemente ha dificultado el diálogo intelectual explícito entre los especialistas andinos y los estudiosos del campesinado en general.

En gran parte, los artículos del presente volumen evitan incursionar explícitamente en la teoría, ya que constituyen algo más que una contribución original a la historia y los estudios andinos. Por supuesto, el mundo andino es un objeto de estudio valioso de por sí. Más aún, cualquier intento serio de analizar la experiencia andina debe referirse a sus rasgos singulares, incluso idiosincráticos. Los ensayos de este libro contribuyen con reevaluaciones y hallazgos sugerentes sobre problemas referidos a la historia de las rebeliones y la conciencia andinas. Al hacerlo, profundizan y revisan sustancialmente, a veces de manera radical, la historiografía referida a la población andina. Esta contribución justifica por sí sola la publicación de la presente colección de artículos. Cada una de las cuatro secciones del libro incluirá breves comentarios introductorios que destacarán el significado específico de cada ensayo para la historia de las rebeliones y resistencia andinas. El resto de esta introducción general no se concentrará en las contribuciones del libro a la historiografía andina como tal, sino en sus implicancias para el estudio de los "campesinos" y la agitación agraria en general.

Tomados en conjunto, los ensayos aquí presentados reclaman repensar supuestos y paradigmas en cuatro áreas: a. El papel de los campesinos como iniciadores continuos de relaciones políticas; b. La selección de marcos temporales apropiados como unidades de análisis en el estudio de rebeliones; c. La diversidad de la conciencia y los horizontes políticos campesinos; d. El significado de los factores étnicos para explicar la conciencia y las revueltas "campesinas". En cada una de estas cuatro áreas, destacaré ensayos y hallazgos que, en este libro, replantean nuestras perspectivas en tres diferentes coyunturas históricas andinas: la crisis del S.XVII en las postrimerías de la colonia, conflictos políticos y guerras de las repúblicas decimonónicas, y los conflictos agrarios y movilizaciones políticas en Bolivia desde la década de 1940. Sugeriré también por qué los enfoques de estos ensayos son aplicables no sólo a los casos andinos sino también en un amplio espectro. Finalmente, en cada una de las cuatro áreas reseñadas, concluiré con sugerencias metodológicas que ilustran las implicancias prácticas de estos ensayos para los estudiosos de las rebeliones campesinas en general.

Comencemos con los campesinos como *iniciadores continuos* de relaciones políticas entre ellos y los sectores no campesinos. A pesar de todos los avances realizados en el campo de los estudios agrarios, apenas estamos comenzando a comprender las múltiples formas a través de las cuales los campesinos han vinculado continuamente sus universos políticos: tanto en tiempos aparentemente tranquilos como de malestar; sea iniciando cambios, o bien reaccionando ante ellos; como poblaciones dispuestas simultáneamente a "adaptarse" a fuerzas objetivas ubicadas fuera de su control y a "resistirse" a la pérdida de logros y derechos difícilmente conquistados. La acción política campesina tiende todavía a ser reducida a sus momentos más dramáticos y anormales: fenómenos de ruptura, de movilización defensiva contra cambios perjudiciales, de violencia

colectiva contra autoridades. Aunque la bibliografía reconoce que los campesinos han dejado su huella en la historia política de sus regiones y países, reduce su impacto a momentos de crisis que desembocan en rebeliones. Durante tiempos más "normales", los campesinos se repliegan del escenario político. Políticamente hablando, son una fuerza inerte: adormecida, tradicional o ineficaz. Este reduccionismo encaja a la perfección la imagen de los rebeldes campesinos como "reactores" localistas ante fuerzas externas, y con la suposición de que una tal conducta política defensiva y limitada es en gran parte inherente a la condición objetiva "estructural" de los campesinos.

El problema con este enfoque no es sólo que fracasa en comprender la política campesina durante tiempos "normales" o tranquilos, sino que conduce a explicaciones superficiales de las causas de las rebeliones. Tal es el caso, al menos, en la historia andina. Para el período colonial tardío, por ejemplo, mi ensayo y el de Mórner y Trelles muestran el peligro de tratar de deducir la conducta insurreccional a partir de variables "estructurales", o de explicar los levantamientos como reacciones defensivas ante fuerzas externas destructoras. Significativamente, el intento que realicé en mi ensayo de proponer una explicación alternativa respecto a la insurrección en el período colonial tardío, requiere que observemos seriamente la evolución de los patrones *preexistentes* de "adaptación en resistencia" [*resistant adaptation*], que implicaban una acción política innovadora de los campesinos para tratar de comprometer al Estado. En esta perspectiva, la pregunta relevante no es por qué una masa campesina políticamente adormecida y tradicionalista se vuelve súbitamente rebelde, sino por qué, en un momento determinado, la resistencia y la autodefensa campesina en curso, toma crecientemente la forma de violencia colectiva contra la autoridad establecida. En este contexto, la vivida discusión de Campbell sobre las escisiones y decisiones políticas andinas durante las guerras de la década de 1780, no analiza un súbito esfuerzo campesino para forjar eficaces relaciones y estrategias políticas sino más bien la continuación de tales esfuerzos en un contexto nuevo e insurrecto.

De modo similar, los ensayos sobre historia republicana que presentamos, destacan la importancia de la eficaz y a veces innovadora participación política de los campesinos. Los análisis de Platt y Mallon sobre la política decimonónica trastocan nuestra comprensión tradicional de las relaciones campesino-Estado. Para Bolivia, Platt muestra cómo los campesinos trataban, con resultados variados, de *imponer* su concepción de relaciones campesino-Estado a los funcionarios estatales, y explica las rebeliones en términos de la historia de estas iniciativas campesinas. Para el caso peruano, Mallon muestra cómo un grupo específico de campesinos desarrolló un "proyecto nacional" propio, lo suficientemente vital como para sustentar la creación de una "república campesina" independiente y lo suficientemente amenazante para el proceso de construcción estatal oligárquico como para invitar a la represión. Desde la perspectiva de estos ensayos, los dilemas y las decisiones políticas encaradas por los campesinos rebeldes bolivianos desde la década de 1940, adquieren nuevo significado. Las estrategias y evaluaciones políticas andinas estudiadas por Albó y por Dandler y Torrico para el período contemporáneo, no representan un súbito "despertar" de la conciencia política, sino la continua experimentación y acumulación de

experiencia por parte de los campesinos en sus relaciones políticas con el Estado y con los sectores no campesinos.

Tanto en el período moderno, como en el colonial, seremos capaces de lograr una apreciación más profunda de aquellos momentos en los cuales los campesinos se orientan hacia la rebelión abierta, si reconocemos una historia previa de "resistencia" y autodefensa campesina: una historia que abarca períodos aparentemente tranquilos y que coloca a los campesinos en una posición de participación política activa, a veces innovadora. Podremos discernir más claramente por qué los campesinos se convierten a veces en rebeldes o insurrectos: si estudiamos los fundamentos de las adaptaciones aparentes y reales a la autoridad; si tomamos en cuenta los patrones de afirmación resistente y autoprotección incorporados en tales adaptaciones; si nos preocupamos por averiguar las diferentes maneras a través de las cuales dichas "adaptaciones en resistencia" convirtieron los acomodados en algo parcial y contingente; y si tomamos en consideración los valores y las evaluaciones políticas que subyacen bajo los acomodados parciales.

Los trabajos del presente volumen estudian a los pueblos andinos nativos como actores, sujetos de la historia, continuamente comprometidos en moldear sus sociedades, a veces como forjadores de relaciones políticas, no meros reactivos, y ejerciendo con frecuencia un importante impacto limitante sobre sus superiores locales y sobre actores o sistemas "externos". A su vez esta perspectiva, sirve como prerequisite para comprender las causas y el carácter de la agitación política en los Andes. Aunque tal aproximación no ha producido todavía un impacto significativo en la teoría, una creciente bibliografía con estudios de área o de caso sobre campesinos y esclavos, sugiere la aplicabilidad de esta perspectiva en áreas culturales rurales más allá de la región andina⁷.

Nuestra primera sugerencia metodológica se deriva directamente de esta perspectiva: *el análisis explícito de patrones preexistentes de "adaptación en resistencia" es un prerequisite esencial para cualquier teoría o explicación adecuada de las rebeliones campesinas*. Sólo preguntándonos por qué, en qué período y de qué maneras los patrones previos de "resistencia" y defensa probaron ser más compatibles y "adaptables" a la estructura de dominación más amplia, y tal vez incluso a su legitimación parcial, podemos entender por qué la resistencia culminó algunas veces en violentos estallidos colectivos contra la autoridad. (En algunos casos, la "adaptación en resistencia" puede haber incluido actos ocasionales de violencia, y sería necesario, por tanto, incluir en el análisis, el estudio de las transformaciones en los usos de la violencia, más que suponer una pura y simple transición de formas no violentas a formas violentas de resistencia.) El análisis exitoso de la "adaptación en resistencia" que precedió al estallido de la rebelión o insurrección requiere, a su vez, que se vea a los campesinos como continua y activamente implicados en relaciones políticas con otros campesinos y con no-campesinos.

7. Para los casos de América Latina y el Caribe, véase Larson 1983; Mintz 1977; Mintz y Price 1976; Stern 1981. Para el África véase Isaacman y Isaacman 1977; Isaacman y otros 1980; Isaacman 1985. Para el sur de los EEUU véase Genovese 1974; Hahn 1983. Para el sudeste asiático, véase Scott 1985; JPS 1986.

Este enfoque ve la rebelión como una variante de corto plazo dentro de un proceso de larga duración de resistencia y adaptación a la autoridad y, por consiguiente, abre un segundo campo de replanteamiento: la selección de marcos temporales como unidades de análisis. Sea en el estudio de una rebelión local o de una insurrección de proporciones regionales o suprarregionales, ¿cuánto necesita retroceder en el tiempo el investigador para discernir acertadamente las causas y la dinámica interna de la rebelión?

Una y otra vez, los estudios de caso que aparecen en este volumen sugieren que debemos observar múltiples marcos temporales simultáneamente: períodos relativamente cortos ("coyunturales" y "episódicos") para entender los cambios recientes que hacen más probable y posible la rebelión o insurrección, y para apreciar los cambios dinámicos que tienen lugar durante el curso de conflictos violentos. Por otro lado debemos también observar períodos más largos, que abarcan siglos, para entender las injusticias, memorias y estrategias históricas que dan forma a los objetivos, conciencia y tácticas de los rebeldes. Los ensayos de Salomón y Szemiński y las investigaciones recientes de Manuel Burga (discutidas en la introducción a la Parte II), demuestran que si queremos aprender las categorías y conceptos de los rebeldes del período colonial tardío, resulta esencial una profunda familiaridad con la historia cultural y la memoria popular anteriores al S.XVIII. La especulación que desarrollo en mi ensayo sobre la ruptura de la "adaptación en resistencia", convierte la historia del S.XVII en un fundamento indispensable, no un mero "telón de fondo", para la explicación de la guerra civil de la década de 1780. De modo semejante, a pesar de notables diferencias entre ellos, Bonilla, Platt y Mallon invocan todas continuidades y legados de lejanas épocas coloniales para explicar, en parte, el carácter de las rebeliones decimonónicas. Y para Bolivia contemporánea, Albó demuestra que las poblaciones aymarás políticamente comprometidas, así como sus adversarios, piensan en términos de memorias colectivas que abarcan dos siglos. En cada uno de estos casos, limitar la unidad histórica de análisis relevante a un período de cuarenta o cincuenta años resulta peligrosamente miope y viola la memoria histórica y la conciencia de los propios rebeldes.

Obviamente, la necesidad de incorporar marcos de larga duración dentro de las unidades de análisis relevantes no implica que los eventos y cambios de corto plazo sean irrelevantes. El relato de Campbell sobre las relaciones tupamaristas-kataristas durante la guerra civil de la década de 1780, el estudio de Mallon sobre el nacionalismo campesino que florece en medio de la guerra y la ocupación extranjera, y la detallada descripción de Dandler y Torrico sobre el compromiso establecido entre el presidente Villarroel y los campesinos de Cochabamba, son prueba elocuente y convincente de que los eventos denominados episódicos importan enormemente, sobre todo en coyunturas fluidas de crisis y rebelión. El desafío que enfrentan los investigadores no es el de *reemplazar* unidades de análisis de corto o mediano plazo por la *longue durée*, con lo cual se correría el riesgo de sepultar los cambios reales, los momentos de fluidez y ruptura, y sus causas, tras un panorama de continuidades duraderas y cambios ocurridos a la velocidad de las glaciaciones. El desafío es, más bien, desarrollar un análisis que incorpore exitosamente múltiples escalas temporales dentro de una visión de la rebelión y sus causas.

Des
de algu:
cortos y
fenómei
historia
explicad
de largo
puede o
Skocpol
términos
las revol
mediados
cultural j
rían con
herencia
en las reí
guntaron
viejos tí
Morelos,
introduci
políticas
ron la ve
por la tie
justos dei

Por t,
para estud
de referem
relevante
período o
y el perío
de "adap
siglo que
temporale
y carácter
permitirá
ñamente i
históricos
formas de

Ya hei
pero ella e
También e
nes. Para
ideológico

8. El inc subsecuente (0969). Estoy "genealogía a

Desafortunadamente, los científicos sociales y los teóricos se encuentran de alguna manera predispuestos a observar sólo los marcos temporales más cortos y a restringir la "historia" a décadas más que a siglos. Si se mencionan fenómenos de largo plazo, pueden ser presentados como mero "telón de fondo" histórico para orientar al lector, mas no como una fuente de herramientas explicatorias incorporadas explícitamente dentro del análisis. Sea que la visión de largo plazo se omita totalmente, o se incluya *pro-forma*, la miopía resultante puede conducir a conclusiones erróneas, incluso absurdas. Tal como Theda Skocpol (1979:41) ha advertido para los estudios de la revolución china: "*en términos históricos parece notablemente falto de perspicacia considerarla como una de las revoluciones que forjaron nuevas naciones [new-nation-building revolutions] a mediados del siglo veinte . China tenía un Antiguo Régimen imperial con una historia cultural y política de muchos siglos*". Casi por definición, los campesinos interactúan con estructuras estatales y señores, y en muchas áreas culturales esta herencia política abarca siglos y define parcialmente los problemas en cuestión en las rebeliones. Cuando al revolucionario mexicano Emiliano Zapata le preguntaron por qué peleaban él y sus ejércitos campesinos, señaló una caja de viejos títulos coloniales de tierras⁸. Para los campesinos revolucionarios de Morelos, los logros relevantes de aquellos tiempos incluían no sólo los cambios introducidos durante el reciente gobierno de Porfirio Díaz (1876-1910), o las políticas inmediatas de sus contemporáneos constitucionalistas -que traicionaron la versión campesina de la revolución-, sino también una lucha secular por la tierra que definía las aspiraciones y la comprensión campesina de sus justos derechos y obligaciones frente al Estado.

Por tanto, nuestra segunda sugerencia práctica es que *el método utilizado para estudiar la rebelión campesina debe incorporar explícitamente en el análisis, marcos de referencia de larga duración*. La definición precisa del marco de larga duración relevante dependerá del caso específico, pero debe incluir por lo menos el período considerado relevante por la memoria histórica de los propios rebeldes, y el período durante el cual se desarrolló la más reciente estrategia prolongada de "adaptación en resistencia". Es difícil imaginar un período menor de un siglo que cumpla estos requisitos. Un método que estudie múltiples escalas temporales, incluyendo las de larga duración, no sólo explicará mejor las causas y características ideológicas de rebeliones e insurrecciones específicas, sino que permitirá también al estudioso distinguir más claramente entre parrones genuinamente nuevos de violencia y protesta colectiva, y repeticiones de ciclos históricos de resistencia y adaptación que incluyeron ocasionalmente algunas formas de violencia colectiva.

Ya hemos reconocido la importancia de la memoria histórica campesina, pero ella es sólo una tajada de la torta más amplia llamada conciencia campesina. También en esta área, este libro llama a reevaluar los supuestos teóricos comunes. Para el caso andino, las expectativas de encontrar un provincianismo ideológico muy predecible no soportan un severo escrutinio. Las formas de

8. El incidente fue reseñado y explicado por primera vez por Sotelo Inclán (1943:201-3) y fue subsecuentemente objeto de más discusión iluminadora por Womack (1969:371-72) y Fuentes (1969). Estoy muy agradecido a Eric R. Wolf por llamar graciosamente mi atención sobre la "genealogía académica" de este hecho.

conciencia y la amplitud de los horizontes políticos que descubren los ensayos de este libro resultan demasiado diversas y flexibles para encajar dentro de una estrecha categoría de "conciencia campesina", descrita anteriormente en este ensayo. Las aspiraciones y compromisos ideológicos campesinos van más allá de las obsesiones con tierras locales, las garantías de subsistencia, o la autonomía (entendida como el simple deseo de ser dejados en paz). Ni podemos afirmar que la experiencia material, las conexiones sociales y la comprensión política de los campesinos estuvieran en gran parte confinadas a los "pequeños universos" de las comunidades y haciendas. Para el período colonial tardío, tanto directamente como a través de intermediarios, los campesinos giraron en órbitas sociales, económicas e ideológicas que se extendían considerablemente más allá de sus lugares principales de residencia y trabajo. La movilización para entronizar un nuevo orden social "neo-Inca", no reflejaba un simple anhelo de autonomía y subsistencia local, sino un esfuerzo por forjar una nueva política a nivel macro, que combinara más exitosamente las necesidades campesinas locales con las aspiraciones a un nuevo orden político suprarregional. Es verdad que se puede descartar la lucha por un renacimiento andino neo-Inca como un ejemplo de milenarismo "prepolítico" al cual serían propensos los campesinos desesperados por superar su fragmentación. Pero en este caso, uno tendría que confrontar la inversión que hace Alberto Flores-Galindo de nuestros supuestos usuales. Flores-Galindo muestra que la búsqueda de un libertador Inca no fue una aspiración confinada sólo a campesinos o indios. El sueño de un resurgimiento neo-Inca fue una idea política de un atractivo tan irresistiblemente "universal" en el mundo andino colonial tardío, que encendió la imaginación de individuos más "cosmopolitas" e hizo posible que los campesinos andinos imaginaran un orden social que los aliase con poblaciones no campesinas y no indígenas bajo los auspicios de un Inca.

De modo similar, nuestros materiales de los siglos XIX y XX, revelan una conciencia de los mundos políticos ubicados más allá de la localidad inmediata, una voluntad de tratar con los Estados y una flexibilidad de conciencia mucho más compleja que las predecibles obsesiones localistas en función de tierras, subsistencia o autonomía. Platt introduce la noción de reciprocidad campesino-Estado; Mallon argumenta en favor de la existencia de un nacionalismo campesino *desde la base* antes de que una burguesía imponga el "nacionalismo" sobre una ciudadanía integrada por un mercado interno; Dandler y Torrico proporcionan elocuentes testimonios del interés y el compromiso campesino en pactos políticos populistas; Albó explora las dolorosas reevaluaciones que llevaron a los campesinos, particularmente aymarás, a rechazar pactos políticos paternalistas y a buscar nuevas formas de acción política *a nivel nacional*. En todas estas descripciones, los campesinos andinos no aparecen más inherentemente localistas que otros actores políticos; su conciencia no se adecuaba a supuestos apriorísticos; su conducta política aparece alimentada por una larga experiencia histórica de trato con Estados y fuerzas políticas de nivel macro; y su historia ideológica resulta ser, por derecho propio, una variable importante para explicar la actividad rebelde.

Los particulares valores, memorias y visiones del mundo que definen el contenido de la conciencia rebelde andina pueden ser, en importantes aspectos,

específicamente andinos, pero lo mismo no puede decirse de la imposibilidad de encuadrar la conciencia campesina andina dentro de categorías *a priori*. Se debe recordar que la mayoría de los sectores campesinos han tenido larga experiencia frente a los Estados y a los sectores no-campesinos. Más aún, la mayoría de campesinados han residido en bien definidas "áreas culturales" (Mesoamérica, Europa mediterránea, África del Norte islámica, China, Indochina, etc.) con complejas historias internas que definían nociones culturales de identidad y aspiración social, orden y desorden, justicia y venganza, continuidad y cambio, y similares. Estas nociones culturales son el producto de una historia configurada tanto por campesinos como por no-campesinos. Más importante: la expansión de esas nociones culturales no se ha restringido sólo a las élites no-campesinas, aún cuando los campesinos han impuesto sus propias variaciones parciales⁹. Bajo estas circunstancias, deducir de los rasgos generales "estructurales" de los campesinados, su(s) forma(s) característica(s) de conciencia resulta irremediablemente unidimensional y ahistórico. Deducir, además, que los campesinos son característicamente localistas, atrasados y defensivos, no hace sino añadir un insulto a la injuria. Resulta muy instructivo que investigadores perspicaces de sectores campesinos *particulares* encuentren la historia y la complejidad de su conciencia más ricas de lo que nuestras posturas teóricas supondrían. El análisis de Frances Fitzgerald sobre el "Marxismo-leninismo en el paisaje vietnamita" (1973:284-304; basado en gran medida en Mus, 1952), por ejemplo, es un asombroso ejemplo de la manera en la que tradiciones y valores históricos específicos de la cultura vietnamita proporcionaron fundamentos para una conciencia campesina rebelde compatible con nociones marxistas de revolución y justicia. Para tomar un ejemplo más minuciosamente definido, Arturo Warman encontró que la resistencia campesina mexicana a los intentos estatales por "colectivizar" el manejo de sus tierras comunales (*ejidos*) en la década de 1970, no reflejaba la ignorancia, el localismo y tradicionalismo que los intelectuales utilizaban comúnmente para explicar la posición campesi-

9. Por ejemplo, se puede argüir que en las culturas mesoamericanas, la noción de que el sacrificio humano a los dioses era necesario para mantener el cosmos, servía a los intereses de la élite y se hallaba más plenamente elaborada por los sacerdotes e intelectuales gobernantes. Nótese, por ejemplo, el cargo de Padden (1967), de que los aztecas fomentaban y manipulaban esas creencias como parte de su estrategia imperial. Sin embargo, es también claro que tales nociones sobre la relación entre los hombres, los dioses y la continuidad de la vida se hallaban desde mucho tiempo antes difundidas en las culturas mesoamericanas, y que los campesinos compartían tales nociones, incluso si ellos no siempre llegaban a las mismas conclusiones que las élites sobre la necesidad y los efectos de prácticas e instituciones sacrificiales específicas. De modo similar, en Vietnam, la noción cultural de que la auténtica transformación social podía ocurrir sólo a partir de un "mandato celestial" puede haber sido elaborada por las élites vietnamitas, pero los campesinos podían también compartir tales nociones, podían torcerlas para que sirvan a las necesidades y comprensiones campesinas y, en ciertos casos, resistir o atacar a las élites bajo los auspicios de un mandato celestial. Para citar otro ejemplo, en la Europa mediterránea, los campesinos podían absorber mucho de los valores paternalistas inculcados por la Iglesia Católica, pero podían usar su "religiosidad" para forjar lazos especiales con los santos patronos, tan exclusivamente responsables ante las comunidades campesinas, que esos santos parecían opacar a Jesús. En cada uno de estos ejemplos, la rebeldía campesina o la ausencia de rebeldía podían ser afectadas por valores y entendimientos configurados por no-campesinos tanto como por campesinos, y la naturaleza de la conciencia y las proclividades políticas campesinas no podían ser derivadas exclusivamente de variables "estructurales" (campesino comunero vs. siervo de hacienda, agricultor independiente vs. aparcerero o arrendatario, peón de hacienda vs. trabajador de plantación, y así).

na "reaccionaria". Por el contrario, los campesinos reconocían astutamente que detrás de las máscaras retóricas de progreso y recompensa material se escondía un intento estatal de organizar y controlar empresas agrícolas modernas de formas que hubieran destruido las opciones económicas que los campesinos necesitaban para sobrevivir (Warman 1980:61-83)¹⁰. Los campesinos no eran ignorantes a nivel macropolítico, ni intrínsecamente opuestos al "progreso" o a formas colectivas de organización económica.

Nuestra tercera sugerencia metodológica es, por tanto, que los estudios de las rebeliones campesinas *deben tratar la conciencia campesina como una cuestión problemática en vez de predecible, deben dar especial atención a la "historia cultural" del área estudiada y descartar nociones sobre el inherente localismo y carácter defensivo de los campesinos*. Desde esta perspectiva, el localismo y las obsesiones defensivas en relación a los derechos locales pueden en realidad prevalecer entre campesinos rebeldes específicos en épocas y lugares específicos, pero estos patrones no pueden ser asumidos como un fenómeno cuasi universal, inherente a la condición del campesino amenazado por factores externos tales como señores feudales, autoridades estatales o mercados. Esta perspectiva le permite también al analista evaluar más dinámicamente la influencia mutua entre las variables materiales e ideológicas (en tanto las últimas no siempre "reflejan" a las primeras de modo simple o directo), y considerar de qué modos la atención explícita a la conciencia campesina cambia nuestro entendimiento de las causas y los problemas en juego durante una rebelión. Nos animará, además, a desarrollar las nuevas herramientas teóricas necesarias para explicar los múltiples contornos que puede adquirir la conciencia campesina. La explicación teórica de Mallon sobre el desarrollo de una conciencia nacionalista antes de la consolidación de una burguesía dominante y un mercado interno es un ejemplo instructivo y apasionante.

Si se toma seriamente la conciencia campesina en los Andes, se debe sopesar inmediatamente el significado de la etnicidad en la conciencia y la revuelta "campesina". Aquí, también, la experiencia andina provoca un replanteamiento de supuestos y paradigmas. Por etnicidad entiendo el proceso de usar supuestos atributos culturales y físicos que se consideran fuertemente adheridos a las personas implicadas y, por tanto, no fácilmente renunciabiles, adaptables o transferibles (raza o color, ancestros biológicos o culturales, religión, lenguaje, hábitos de trabajo, vestimenta, etc.) Atributos que sirven para trazar las fronteras sociales que ubican a las personas en agrupaciones diferenciadas dentro del mundo más amplio de la interacción social. En la medida en que las fronteras étnicas *no* coinciden con las fronteras de clase, las relaciones e identificaciones étnicas pueden servir para articular las quejas y las visiones del mundo de campesinos y no-campesinos. Tal fue el caso, por ejemplo, en las movilizaciones insurreccionales que trataron de instaurar un orden incaico en los Andes durante las postrimerías de la colonia. Un sentido compartido de identificación y agravios étnicos sirvió de puente, por lo menos en algunas zonas, para unificar

10. Véase la interpretación notablemente compleja y sensitiva de la conciencia campesina en México, en Meyer 1973. El reciente libro de Scott (1985) es también extremadamente estimulante en este aspecto.

las lealtades de campesinos andinos y élites andinas cuyos privilegios de clase (propiedad de haciendas, inversión en empresas mercantiles, participación en los ingresos provenientes de los tributos, etc.), los diferenciaban notoriamente de los campesinos. Por otro lado, en la medida en que las fronteras étnicas sí coinciden con aquellas de clase, el lenguaje, la ideología y las causas de las rebeliones campesinas resultan difíciles de comprender si no se tiene en cuenta la dimensión étnica. Un componente étnico que adquiere gran importancia en la explicación y análisis de las revueltas, se encuentra incorporado en la opresión, los patrones de adaptación y resistencia, el sentido de agravio y las aspiraciones campesinas. Tales fundamentos étnicos de las rebeliones son especialmente importantes, por ejemplo, en las rebeliones de los siglos XVIII y XIX estudiadas por Salomón y Platt. (Véase también la investigación de Gonzales, discutida en la introducción a la Parte III). Es precisamente la dimensión étnica de la conciencia campesina andina en el Perú, lo que lleva a Bonilla a descartar los hallazgos de Mallon sobre el nacionalismo campesino en la sierra central, al cual considera, en el mejor de los casos, como algo atípico. En la mayoría de otras áreas, sostiene Bonilla, el peso de la cuestión étnica era mayor y hubiera hecho imposible el nacionalismo campesino.

Indiscutiblemente, la dimensión étnica resulta inevitable en cualquier discusión amplia sobre rebelión y conciencia entre los campesinos andinos. En el área andina, esto ha probado ser cierto en regiones y períodos en los cuales las fronteras étnicas y clasistas virtualmente coincidían, y también cuando no era así. Los hallazgos de Dandler y Torrico, Albó y Cárdenas (las tesis de Cárdenas se discuten en la introducción a la Parte IV) vuelven cristalina la importancia de la etnicidad en la política campesina contemporánea, así como la facilidad con la que ha cogido desprevenidos a aquellos que, al tratar los conflictos clasistas bolivianos dejan la dimensión étnica fuera de su campo de visión.

Pero, ¿es peculiar y atípico el peso de los problemas étnico-raciales en la historia campesina andina? Si así fuera, la tendencia a teorizar y explicar las revueltas campesinas sin tener en cuenta la dimensión étnica no está seriamente equivocada. La cuestión étnica, sin embargo, ha afectado profundamente la historia y probablemente la conciencia de muchos campesinados. Especialmente en el Tercer Mundo, la difusión del capitalismo noratlántico ha estado íntimamente asociada a varias formas de dominación colonial: gobierno colonial formal, guerra y gobierno informal, religión misionera, y otras. El asalto a los pilares materiales de la vida campesina ha traído inevitablemente consigo las divisiones de lengua, religión, cultura y raza, que alimentaron las relaciones y la conciencia étnica. Bajo estas condiciones, deberíamos sorprendernos si un componente étnico-nacional no pesara significativamente en las rebeliones y la conciencia campesina. Los campesinos europeos podrían muy bien ser la excepción en vez de la regla en este caso, aún cuando basta dirigir la mirada a la Irlanda Británica o a la "reconquista" cristiana de la España Islámica, para encontrar analogías en la experiencia europea.

Además, aún cuando se deje de lado la división entre colonizador y colonizado, los problemas étnicos internos pueden resultar indispensables para cualquier análisis serio de la política, la conciencia o la rebelión campesina. La

discusión de Campbell sobre la insurrección en el período colonial tardío, muestra claramente que los insurrectos andinos se encontraban divididos internamente, y que las fronteras étnicas intraandinas ocupaban un lugar significativo en tales divisiones. Cualquiera que esté remotamente familiarizado con la cuestión religiosa en Irlanda, o los estereotipos históricos que los vietnamitas del norte y del sur han usado para caracterizar sus diferencias (véase Fitzgerald 1973:64-66), o la tendencia de muchas comunidades campesinas a replegarse "hacia adentro" y reclamar una identidad y un interés distinguibles de aquellos de las comunidades rivales tanto como de los no-campesinos (Wolf 1957; Stern 1983), apreciará el significado potencial de los conflictos y la conciencia étnica entre los campesinos.

Finalmente, aún cuando no aparezcan obvias divisiones étnicas, los protagonistas del conflicto de clases pueden tender a atribuir suertes más sutiles de atributos étnicos a otras clases sociales o a ellos mismos. (Este proceso es descrito a veces como "clasismo"). Los campesinos zapatistas de Morelos, por ejemplo, eran principalmente mestizos, y no indios, y eran en cualquier caso relativamente "aculturados" en comparación a campesinos de otras partes de México. Sin embargo, los terratenientes y las élites urbanas no podían dejar de endilgar un cliché étnico despectivo a sus enemigos de clase, y consideraban a los zapatistas como "indios" bárbaros enzarzados en una salvaje y destructiva guerra racial. Incluso los obreros urbanos estuvieron influidos por la tendencia a atribuir características étnicas a otras clases sociales. Cuando los zapatistas ocuparon Ciudad de México, los trabajadores se mostraron asombrados y en cierta medida extrañados por el estilo social respetuoso y la evidente religiosidad de los campesinos. Las particularidades campesinas, vistas como símbolos de que el campesinado constituía, de manera innata, *un tipo diferente de gente* introdujeron un elemento étnico en la controvertida decisión de los trabajadores de rechazar una coalición obrero-campesina con los zapatistas, y de aliarse en cambio con sus enemigos Constitucionalistas (Hart 1978:131-133). Sería ingenuo creer que la tendencia de los no-campesinos a descartar a los campesinos como bárbaros, ignorantes y supersticiosos no tuvo un lugar importante en el propio sentimiento de agravio y aspiración de los campesinos.

Si, tal como he argumentado, el significado de los factores étnicos en la conciencia y la rebelión campesina no es peculiar de los Andes, estamos en condiciones de hacer una cuarta sugerencia metodológica. En estudios teóricos, así como en estudios específicos de rebeliones campesinas, aún cuando los problemas étnicos no sean obviamente relevantes (como lo son, digamos, en Irlanda o Perú), *un análisis que no incluya la dimensión étnica debe ser justificado en vez de ser tomado como punto de partida*. En algunos casos y para ciertos propósitos, las variables étnicas pueden no ser importantes para la comprensión de la rebelión. Pero esto necesita ser demostrado explícitamente. Las categorías que dejan la dimensión étnica fuera de su campo de visión son probablemente

Este ensayo ha tratado de modificar la tendencia de los historiadores y antropólogos andinos a restringir la envergadura de las implicancias derivadas de los estudios de caso andinos. Lanza, además, un desafío a los teóricos y a los estudiosos de otros campesinados, para que incorporen la experiencia andina en sus paradigmas y metodologías. Sin embargo, los objetivos específicos

de este ensayo introductorio no deben ser utilizados para disminuir la importancia de la experiencia andina por sí misma. Cada uno de los ensayos que se presentan a continuación ofrece un giro original y significativo en uno u otro de los temas esenciales para la historia de las rebeliones andinas. Tomados en conjunto, ofrecen elocuente testimonio de los varios modos en los cuales los campesinos andinos han luchado para mejorar su suerte, hacer realidad sus aspiraciones, incluso tomar su destino en sus propias manos. En esa historia nos sumergimos ahora.